



EL CRONISTA y su obra: el archivo, fundado en uno solo. "Es mi trampa, dice, y mi obra maestra, mejor que todos los libros juntos que he escrito". En su archivo no se conoce la compresión del silencio.

JOAQUIN EDWARDS BELLO:

"¿Soy un hombre de acción metido en un zapato chino? ¿Soy un metódico obsesivo y pretendo significar que los conocimientos universales están bajo mi dominio? ¿Qué significan frenéticamente las fichas que manejo? ¿Es mi caso una venganza contra los que me juzgaron indecoro? ¿Soy un caso típico de aritmomaníacos, según la interpretación freudiana? ¿Archivar sin cesar es, atáxe, un modo de carácter obsesivo? ¿Es una degradación de la costumbre de saquear y de atesorar, de antepasados corsarios?..."

Somergido en su archivo, estudiando, incomprensible, que se desborda por todos los rincones y mazetas de su casa, la calle Santa Domingo, Joaquín Edwards Bello, "el más grande representante que ha salido a Chile", según Calderón Micallef, en sus otrora años, una verdadera leyenda recordando, peleando críticas artísticas, narrativas que hablaron del Vietnam, de la infamia, de la raza con desdorada positiva, de la solidaridad, de los políticos.

Carpetas con temas que empiezan con a, con b, con c, con d, con p. Atentados portátiles, pentados que se oyen. Nuevos. "Que se crean". Nuevos. Nuevos. Así hoy en día de don Arturo Alessandri con un muchacho napoleónico. Y aquí otro político pronunciando un discurso con una mano debajo del ribalito. "Políticos chilenos muertos". Fotos que son una demostración gráfica del espíritu de la intuición critica. En una, Monseñor en un balcón hablando a la multitud. En la otra, un político chileno haciendo idéntica cosa también en un balcón.

"Este archivo es mi trampa". El más admirado, respetado y homenajeado cronista chileno (*Premio Nacional de Literatura, 1943; de Periodismo, 1959*). Académico de la Lengua, etc., plenas máximas archiva y archiva, que esta manía debe provenir de algo espiritual.

Se ha hablado tanto de sus archivos descorazonante, gigantesco, incomprendible pero a veces con indudable mano artística viviente que el periodístico, con su memoria prodigiosa y analítica, un verdadero tesoro de recuerdos inapreciables de ochenta años. O más más. (Alguno dijo que hasta recordaba que estaba en el vientre de su madre saliendo a todas las representaciones de *Burra Burruard*.)

Lo cumplió hace dos meses. Y aunque él creyó que no lo querían y se estableció en su casa para conservarlos en el silencio, todavía con la idea de administrarlos, o los que lo llevan, apagan sus velitas con artículos, crónicas, intervistas. La semana pasada, en el Instituto Cultural de Periodística, el investigador Alfonso Calderón lo recibió entusiasta y respetuoso, ante un público heterogéneo, donde dominaban algunas cabecitas blancas de viejachas academias, de esa clase que te comen sin abusar de ella.

Conversó con él, y adoloridamente escucharlo dijeron que le paga el monigote, que toma la palabra y no la dejó, para contártelo a los lectores que pasean por el siglo, el que nació en el otro; y regalóles un libro francés chapiteado, con sus juntas lapidarias y certeñas. Era muestra deseada. El nombre, però no el año.

"Está enfermo en casa. Toma una rosada... al principio... El médico le tiene prohibidas las visitas. Absolutamente todas. Si, si..., a él también

ARCHIVO VIVIENTE DE RECUERDOS DE 80 AÑOS

Por Amanda Puz

Le habría gustado que usted viniera, pero es imposible."

Al otro extremo del teléfono la voz agradable y suave de María Alessandri, su esposa. Cuando llamamos, sorprendiéndonos de que todavía teléfono (F), tan arrancado, superabundante esta respuesta. Recuerdábamos haber leído que a unos escritores amigos no les agradaba recibir y responder a los periodistas. "Llamé, con un diente de ancho que endoloría sus piegueras", les cerró la ventiana en los nárticos. Y que abrió la puerta de su hogar con la cara colorida con una máscara y los ojos a los invitados. De pronto, un estruendo, un barullo indescriptible. Entraron del siglo pasado. Había asustado el siglo XIX...

paraiso. Nosotros agradeció recordando su infancia triste, cuando dormía en un banco de la plaza. Joaquín Edwards Bello pensó: "Qué niños tan felices. Niña querida, eres mi niña pobre".

Cuenta cómo pasó de un siglo a otro: "La llegada del nuevo siglo fue para mí una locura, como pudo serlo mi inaudita a la viruela, con tal de salir de la vulgaridad.

El último día del siglo pasado anochecieron un paseo veraniego, de noche, en el mar... De los balcones, presentándose las evoluciones iluminadas. De pronto, un estruendo, un barullo indescriptible. Entraron del siglo pasado. Había asustado el siglo XIX...

Nadie se ha librado de su pluma punto. Incesantemente pide cambios y él mismo está cambiando siempre. Escribe de los fenómenos sociales: la presidenteología. "Los chilenos —dice— se comen a los presidentes. Pasados los tres años, los devoran y se quedan encargando el cuento".

De los países. Discute. Los políticos guardan secretos del estadio nacional en viajes institucionales.

Cuando Inglaterra manda un delegado para una conferencia —se pregunta— en Chile se considera cinco. Y cuenta gratamente que una vez integró una delegación de once personas a una conferencia en Ginebra. "Demoramos un siglo en pasar ante las autoridades, finalmente nos dieron una delegación china, de dos personas".

Pienso que si Napoleón hubiera venido a Chile, no se consideraría cinco. Y cuenta de su novedad. Despues, cuando ya había parado en la calle para dirigirse, galopando en la espalda. ¡Esto es el mestizaje don Napo!

De don Joaquín dicen que es chileno. "¿Qué estás escribiendo? Ah, Joaquín Edwards Bello. Esta medio tonta."

Medio tonta. El mismo hizo una lista de sus chifladeras: sajar un arbusto de la quinua de una banca y regalar durante semanas hasta verlo revivir; dar una vuelta de mananca a pie perdido; bajar los letreros que pegaba en su casa y tirarlos al balde de agua; pensar que el alimento que gasta por el empeñamiento pasa compras; vivir en el barrio bajo y no en el alto.

Llama a los chilenos, los mayores ejedora del mundo". Cree que no saben murar y que se solapan con el enfrentamiento ajeno. Así, cuando lo detienen en la calle para preguntarle por su salud, les responde: "Estoy muy mal." "Para dejarlo contento".

"Yo no soy estremo y los chilenos viven de estremos. Ahora se preocupan solamente de Lafourcade."

Pero don Joaquín, archivando, cortando, con su cuchillo trabajando a la máquina y escribiendo como en los mejores tiempos, será siempre un estremo.



Joaquín Edwards Bello, archivo vivo de recuerdos de 80 años [artículo] Amanda Puz.

AUTORÍA

Puz, Amanda

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Joaquín Edwards Bello, archivo viviente de recuerdos de 80 años [artículo] Amanda Puz. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)